



Diario de la **lluvia**  
en tu ausencia

Iván Bethencourt

Ante la ausencia de la persona amada, los días pasan cargados de lluvia y de una inconsolable soledad que pervive en el frío y en las resonancias grises del invierno. La cadencia de la lluvia invade cada rincón de la existencia distorsionando la percepción del mundo, como si fuera capaz de abrir dimensiones ocultas y difuminar las fronteras entre lo real y la subjetividad íntima del espíritu.

Cada verso, fantasma solitario de las estancias deshabitadas de la casa, brota desde el vacío y la angustia de la espera, disuelto el amor en los lazos rotos de una obligada lejanía, latente, sin embargo, como una promesa en la voz mansa de la llovizna omnipresente.

Autor de novelas como *El fotógrafo imprescindible* y *Barranco*, Iván Bethencourt nos deleita en esta ocasión con otra de sus facetas literarias, un poemario íntimo que es una rendición al amor imperecedero.

Para Lucia, el amor de mi vida.

## Preludio

*En algún lugar,  
una fisura en el tiempo.  
Una puerta.*

Fue en un día de lluvia, amor mío,  
de alas de acero rotas sobre el duro asfalto,  
allí, de pie, mis ojos se atornillaron a una puerta,  
una puerta por la que tú debiste entrar.

Algún asunto mundano te retuvo,  
el alma atrapada en un cable de teléfono,  
el reloj que había olvidado la hora del almuerzo,  
mientras el olvido mismo devoraba la existencia  
y nos sumía en la nebulosa del invierno.

Fue en un día de lluvia, amor mío,  
mis ojos levantaron una barricada de llanto,  
pero finalmente el cielo se derrumbó sobre el mundo  
y ya solo quedaron palabras de plomo fundido  
sobre mi garganta.

¿Por qué, por qué llovía tanto aquel día?  
Aquel día de lluvia por cuya puerta tú debiste entrar  
y verme partir.

## Cumpleaños

*09 de diciembre*

Tu ausencia se anunciaba como un susurro áspero  
en el oscuro semblante de la madrugada.  
Mi sombra durmiente temía recuperar la consciencia  
en el día en que uno de mis espectros  
abandonaba este mundo para siempre:  
el espectro del hombre que fui hasta el día de ayer.

Mis sentidos se debatían furiosos  
en el reino subliminal de los sueños,  
en una batalla imposible más allá de la materia,  
pero era a este lado donde la lluvia acariciaba mansa  
la acera mojada de tu partida.

Mi corazón ha anudado demasiadas despedidas,  
demasiados *«para siempre»*,  
demasiados jirones de soledad  
tejidos en la telaraña de mi fiel desesperanza,  
en la frontera de la cordura,  
renegando aún con todas mis fuerzas  
el advenimiento de aquel día

en el que nunca quise dejarte.

No quise, amor mío,  
y sabe la lluvia desde entonces  
que he enfermado de melancolía,  
una fiebre indómita que se retuerce en delirios,  
como ahora mismo, en el réquiem de tu adiós,  
embaucado por las mentiras del tiempo,  
en una batalla malograda de antemano  
en el beso tuyo de la despedida.

## Tempestad y lluvia

*10 de diciembre*

Mis párpados se revuelven en la pastosidad del  
duermevela,  
anegados en el légamo de un lento despertar;  
un hondo dolor habita en el quejido del viento,  
y sobre las hojas seniles, un llanto de filos cortantes.

Mi primer recuerdo es que te he soñado,  
mecido en dispersas brumas oníricas  
que persisten en el tacto adormecido de mis dedos.  
Un frío acerado de ramas desnudas  
se cuela por entre las rendijas de mi consciencia:  
nubes apelmazadas como losas de granito  
anuncian mi quebranto.

La soledad ha congelado mi aliento,  
se adentra húmeda en mis entrañas  
y hace de mis débiles paredes su propia morada.  
El primer día de tu ausencia  
es tan largo como la eternidad,  
como la densa lejanía sin horizonte

de este cielo hormigonado.

La quietud de la casa deshabitada  
se arremolina en los rincones  
a escondidas de los espejos.  
Frío y silencio,  
el tamborileo incesante de la lluvia,  
su cadencia procelosa de martillo,  
la tempestad que no amina  
desde eras sin memoria.

## Penumbra

*11 de diciembre*

Un frío mineral se ha instalado en mis huesos,  
palabras acuosas se deslizan y gotean en alguna parte:  
te:

mi cerebro desgrana los mensajes furtivos  
que aletean en la flagelada luz de la habitación.

Una vez más, silencio:

la cama está repleta de pequeños habitantes de la  
noche,

se introducen en la oscuridad de mi mente  
y hurtan sin piedad los últimos rescoldos del sueño.

Todos me miran con ojos expectantes,  
enroscados como serpientes en mis piernas y brazos,  
zozos,

emitiendo ecos y pequeños sonidos que dejaste  
atrás,

en las grietas de las paredes,

en los cajones del armario:

vacilantes pasos de tus desvelos nocturnos,

suave compás de tu respiración dormida,

incluso un sueño que tuviste a mi lado una vez.

Ahora palpitan en la penumbra de la mañana,  
huérfanos del calor de tu cuerpo,  
entregados a devorar mi espera  
llenando de ti la casa.

Mientras tanto deja de llover, en alguna parte,  
pero el frío se ha mudado  
a las habitaciones de mi cuerpo.

## Madrugada

*12 de diciembre*

Nunca he logrado reconciliarme con la noche,  
me han aterrado desde siempre sus esquivas meta-  
morfosis,  
sus oscuras sinrazones en el tránsito del tiempo:  
una día que se transubstancia en otro milagrosamen-  
te,  
recreándose toda la materia del universo desde las  
cenizas,  
desde el más absoluto e inorgánico vacío.

Pero esta noche soy caminante sin nombre  
bajo el hirsuto manto de la negrura brumosa que la  
sostiene,  
mis pasos huellan temerarios la espesura de las tinie-  
blas  
adentrándose en sus recovecos,  
allí, en los repliegues entrópicos de un instante pre-  
ciso:  
quizás allí, donde la hora última fenece en su último  
aliento

y justo una fracción infinitesimal antes de anunciarse  
la primera,  
allí, amor mío, allí he de encontrarte,  
al conjuro de mis temores subterráneos,  
usando como puerta un sutil vórtice en el espacio-  
tiempo.

Pero la noche tiene sus propias reglas,  
a pesar de no respetar ni una sola conocida:  
una lluvia fina espolvorea mi rostro  
y me hace llegar el aroma imantado de una tormen-  
ta,  
una tormenta suave y de gráciles fosforescencias;  
la delicada lluvia se ha impregnado del sabor de tu  
boca:  
fugazmente, te he besado.

## Torbellino

*13 de diciembre*

Luces de Navidad perforan surcos diminutos  
en la epidermis de la noche,  
bocanadas coléricas de sal han anegado las agujas  
del reloj  
y en las calles se abren puertas hacia otras dimensio-  
nes.

Seres irreales son traídos a la vida  
entre hélices de humo de cigarrillo,  
entrechocar de cristales  
y mareas de voces serruchando el espesor del aire,  
creados para ser bellos y felices,  
cubiertos de plumas de pavo real  
y turbias miradas de alcohol.

He sido traicionado por las aceras  
y absorbido hasta las fauces de la muchedumbre,  
pero mi pasaporte estaba recubierto de un semblan-  
te de tristeza  
y el viaje había llegado a su fin antes de comenzar:  
la irreductible soledad había deshilachado mis velas  
y mis ojos escrutaban la espalda del mundo

aferrados a la certeza de tu recuerdo.